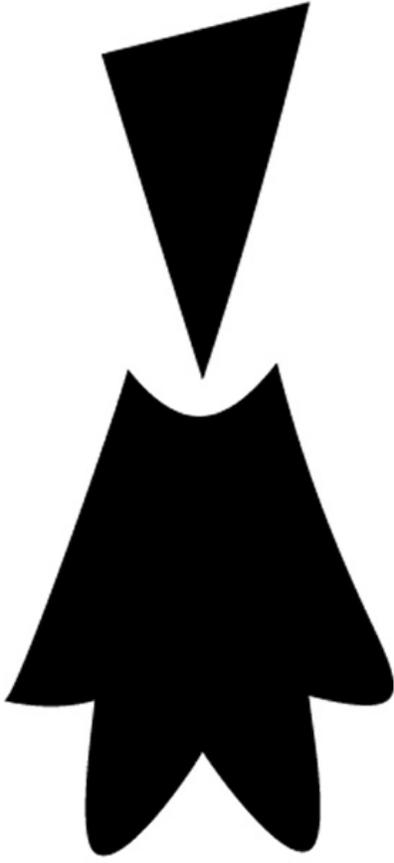




C O R A Z Ó N
G E O M É T R I C O

M A R Í A L U Q U E


Sigilo



MARÍA LUQUE

Corazón geométrico



Un mes en Italia

En la cocina estaba Bianca cortando frutas y remolachas para esos batidos que prepara. Desde que llegué no la vi comer nada sólido, todo lo pone en la licuadora Magic Bullet y antes de prenderla siempre me avisa que va a haber ruido por un rato. La cocina es diminuta, así que trato de esperar si justo me da hambre cuando ella está ahí porque nos chocamos con los muebles y entre nosotras. Apenas llegué me mostró mi habitación, que tenía la cama perfectamente tendida y la ventana abierta por donde se escuchaba a una señora que llamaba a sus hijos a comer. Los gritos sonaban igual que en cualquier edificio de Argentina y eso me reconfortó. Dejé mi valija, colgué mi campera en una silla y me llevó al baño para que viera un truco que tiene la ducha porque una parte del dispositivo está roto y hay que tirar de un fierrito para que salga el agua caliente. El segundo estante del botiquín estaba libre para mí y ella tiene los otros tres abarrotados de cremas, tarritos de aceites y sales. Me dijo que la red de wifi es «AMORE», con mayúsculas, y la contraseña, «BACIAMI». La heladera también tenía un estante vacío y me imagino que lo voy a llenar de tomates, espárragos y quesos.

Me alegré de vivir en esta casa y no en un hotel, como otro de los residentes. Bianca es poeta y organiza un festival en un pueblo que queda a una hora de acá. Me dijo el nombre del pueblo dos veces pero no logré retenerlo, se parece a «Taquima» o «Parquima», suena a marca de salsa portuguesa. Como viaja muy seguido y por varias semanas no va a estar, quizás alquile su habitación. Me preguntó si eso me molestaba y le dije que no.

Mi italiano es torpe y cuando me pongo nerviosa la mente queda en blanco y no puedo avanzar con la conversación. Bianca se da cuenta y empieza a hablar ella para llenar el espacio. Mientras tanto yo pienso cómo armar una frase y cuando no me sale digo «*certo, certo*» y sonrío. Me anoté en un curso acelerado de italiano que espero funcione porque siento que no tengo vocabulario y me angustia decir todo el tiempo que las cosas son «*bellisimas*» sabiendo que debe haber un montón de sinónimos que podría usar.

También en mi habitación me choco con los muebles y ya tengo algunos moretones en las piernas. La ventana da al norte y al centro del edificio: puedo ver la ropa tendida de todos mis vecinos y ellos también van a poder ver la mía. No tengo cortinas pero hay dos postigos de madera que nunca voy a usar porque me gusta despertarme con la luz. Al lado de la cama hay un escritorio que por ahora está lleno de papeles que tengo que acomodar y de algunos libros que traje. Arriba hay un espejo. Apenas lo vi, me pareció un espanto pero ahora me gusta. Tiene forma de corazón geométrico, un marco negro con biseles en marrón similar carey y un borde interno dorado. El ropero es grande pero hay solo dos perchas. Voy a comprar más en ese almacén chino que está a una cuadra así mis vestidos no se arrugan porque no creo que Bianca tenga una plancha. También tengo que comprar una bombita para el velador, desodorante, shampoo y alguna taza o vaso chiquito que pueda usar de mate porque solo traje la bombilla. Enfrente de la cama hay otro mueble que no tiene mucha utilidad y con el que me tropiezo cada vez que quiero ir al baño. Pensé en correrlo pero no hay dónde, no quedan paredes libres. En un estante hay un televisor chiquito que me puede servir para ver alguna película o el noticiero mientras me cambio a la mañana. En la parte del estante que sobra puse una postal de David Hockney que tiene una pintura de la serie de las piletas y una foto de Foujita del catálogo de una muestra que vi el año pasado. Al lado hay una mandarina que traigo desde el aeropuerto y todavía no encontré momento para comer y mis lentes de sol.

Mi mamá me mandó una foto un poco borrosa de una noticia. Igual pude leer:

El Centro de Estudios del Teatro dell'Opera de Roma convocó a un grupo de músicos, musicólogos y dramaturgos a una residencia de un mes coordinada por Antonio Martinelli, director artístico del teatro y presidente de la Asociación Pucciniana. El experto dará para los asistentes una serie de clases magistrales con el objetivo de estudiar en profundidad la obra de Puccini, haciendo hincapié en Tosca y su relación con la ciudad de Roma. Entre los seleccionados, de seis países diferentes, se encuentra la joven rosarina Josefina Luque, musicóloga especializada en ópera italiana. La asociación de amigos del Teatro El Círculo felicita a Josefina por este importante reconocimiento y hace un aporte (acordado en unanimidad por todos sus miembros) facilitando el pasaje aéreo a Roma.

«¡Mirá lo que salió en *La Capital!*», decía mi mamá. «Todas las tías compraron el diario. Pusieron esa foto en la que tenés el vestido colorido, el que usaste para el cumpleaños de ochenta de Mima. Bachis, amor. ¡Acá llueve!».

Le dije que en Roma también había llovido, que les mande besos a las tías y que por favor no me etiquetara si subía esa foto a internet.

Puestos de recuerdos

Fui al supermercado, que es minúsculo, como todo en el centro histórico. Una señora tenía un changuito en la góndola de las latas y para que otro chango pudiera pasar tuvo que ir hasta el final y meterse en la góndola de al lado, como si fuera el pasillo de un avión.

Pesé dos bananas, tres pomelos, un limón y unos tomates de esos marrones que no sé qué sabor tienen. Elegí un paquete de dátiles sin carozo, un chocolate suizo con sal marina y medio litro de aceite de oliva. Había muchos tipos de yogures y pensé en probarlos todos. Me llevé dos frascos de vidrio de un yogur con miel y otro griego pero de una marca con nombre alemán. Mientras miraba los quesos acariciaba un tomate a través de la bolsa

y se sentía suave y exquisito.

En la fila para pagar estábamos todos amontonados y hubo una pelea por una mujer que se coló y tenía un montón de productos. Cuando volvía, cargué agua de la fuente porque me parece que es más rica que la de la canilla de mi casa. La tomé mientras cruzaba el Ponte Umberto I y la volví a llenar al otro lado del río. Vi una gaviota abajo de un tacho de basura comiendo un pedazo de pizza y me dio impresión.

Pasé por la casa para dejar las compras porque tenía planeado ir a conocer el castel Sant'Angelo. Es incómodo pasear con el bolso pesado.

En los puestos de recuerdos que hay lado del Tíber había calendarios eróticos de sacerdotes que miré de reojo mientras me sacaba una pelusa de la boca. También vi afiches de gladiadores y una reproducción triste del Coliseo que parecía haberse derretido. El paraguas barato que compré se falsea en cada esquina. Había mucho viento y la llovizna era una bofetada que me ensuciaba los lentes pero la disfruté igual. Las gaviotas se quedaban quietas en el aire, aunque hicieran fuerza no lograban avanzar, y todas las palomas se escondieron. El pronóstico decía que había alerta de ráfagas fuertes del oeste y que la primavera se iba a desvanecer hasta el miércoles. En Roma, el primer domingo del mes todos los museos son gratuitos. Caminé por la orilla del Tíber y los frutos del plátano que volaban hacían estornudar a los turistas. Cada vez que quería tragar saliva sentía un plumero áspero en la garganta y aunque tomaba sorbos grandes de agua no se iba la sensación. Cuando llegaba el viento ponía el paraguas de barrera y trataba de no respirar.

No había tanta gente esperando para entrar al Castel Sant'Angelo. Estaba atrás de tres japonesas muy abrigadas y les envidié las bufandas. No traje ropa de invierno, ni siquiera remeras de mangas largas porque la previsión para junio decía que las mínimas estaban entre 17 y 28 grados. A partir de fin de mes ya debería empezar a aumentar la temperatura hasta llegar a ese verano fatal que se ve en las películas, con las personas tirándose adentro de las fuentes.

Mientras esperaba, busqué en YouTube la versión de Plácido Domingo de «E lucevan le stelle» del '92 para ver cómo es el techo del Castel, pero tuve

que guardar el teléfono porque el video no se cargaba y empezó a llover fuerte otra vez. Algunas personas se pusieron esos ponchos de plástico que parecen ser muy efectivos. Los que no tenían con qué cubrirse salieron corriendo o se refugiaron bajo el techo del carrito que vende agua y helados. Casi no quedaba gente haciendo la fila, todos se habían ido y el piso estaba lleno de botellas vacías, papeles y boletos de subte. Tenía los pies empapados y empecé a correr yo también. En el Lungotevere me cubrí la cabeza con la biografía de Puccini, que tiene tapa dura y me da seguridad, por si volaba una chapa o un pedazo de moldura de un balcón. El pantalón era nuevo y me destiñó las piernas, que quedaron negras. Al llegar me desvestí a toda velocidad y saqué la computadora que había escondido abajo de la almohada. Puse un puñado de pistachos en una taza y busqué una versión completa de la *Tosca* que dirigió Zubin Mehta, así, aunque sea, podía ver el Castel en la pantalla desde la cama. Paró de llover pero el viento seguía. Puse mi pantalón a secar en la manija de la ventana y las medias las colgué de los postigos.

Cuando empecé a hacer música

El pueblo del festival que organiza Bianca se llama Tarquinia. Le puse una estrella en el mapa y vi que tiene una necrópolis con pinturas preciosas y el Museo de Arte Etrusco más grande de Italia. Bianca me dijo si quería acompañarla, ir a la mañana y volver a la tarde y le dije que sí. Ella tenía que visitar locaciones para el festival y hablar con un poeta al que quieren hacerle un homenaje. Compré un café para cada una en un bar de la estación y los tomamos paradas en la barra. En la botella tenía agua de la fuente de Via della Scrofa, que por ahora es mi preferida. El tren iba casi vacío y ocupamos cuatro asientos entre las dos. Yo no tenía más que una cartera pero Bianca llevaba muchas cosas. Una bolsa de tela repleta de libros que pesaba un montón, una mochila que parecía de montañista, con colores flúor y ganchos. También tenía una bolsa de papel del supermercado donde llevaba su computadora, una cámara polaroid y una cámara reflex.

Me contó que el festival de poesía tenía casi la misma edad que ella, que antes lo organizaba una señora que un día se cansó y no quiso hacerlo más. Hizo un casting entre los asistentes a las últimas ediciones. Los jóvenes tenían que contarle por qué creían que era importante que el festival continuara y cómo harían ellos para organizarlo. Bianca fue la más entusiasta y le dieron la dirección del festival. Le pregunté si siempre le había interesado la poesía y me contó que cuando era chica quería ser bailarina, pero es lo que todas las chicas de nuestra generación queríamos ser. Su bailarina preferida era Maya Plisetskaya, la mía también. Me preguntó cuándo me di cuenta de que me gustaba la música. Le conté que cuando dejé de hacer danza empecé a estudiar guitarra con la profesora de música de mi colegio. Iba una vez por semana a su casa y ella me quería convencer de que practicara las canciones de la misa porque al coro le faltaba una guitarra, pero yo solo quería aprender los temas de Xuxa. Les había pedido a mis papás que me compraran el cassette de ella pero ponían un montón de excusas. Después me di cuenta de que era por la hiperinflación y no podían comprar casi nada en realidad. Las canciones las sabía todas de memoria y empecé a sacarlas con la guitarra. Los acordes eran casi siempre los mismos pero cambiaban las progresiones y los arreglos.

Inventé una danza nueva

Que puede hacerte electrizar

Quién querrá hacer la prueba

Solo hay que saber saltar

Sol / la / re / si / mim / la / re, y en el estribillo agrega una séptima como variación. Era igual a «Jesús te seguiré», pero cambiaba el ritmo.

También aprendí la de «Indio hacer barullo», «Croki croki», «Ilarié», «Estatua» y todas las que Xuxa cantaba en su programa de televisión. Después de practicar hasta el cansancio empecé a hacer arreglos con un tecladito Casio que me había regalado mi tío Carlos. Elegí una base de batería para acompañar cada canción y también me até al pie un cascabel que había venido de sorpresa adentro de un huevo de pascua, para marcar

un poco más el ritmo. En un TDK virgen fui grabando todas las canciones. Las grababa en el baño porque me daba cuenta de que ahí la acústica era mejor y además cuando podía mirarme en el espejo sentía que la voz salía más linda. Cuando terminé de grabar todas dibujé la tapa en una cartulina. Bianca no sabía quién era Xuxa así que buscamos unos videos en YouTube y leímos su biografía en Wikipedia, donde decía que era descendiente de italianos de la provincia de Trento y Bianca me dijo que su papá era de ahí.

Cuando llegamos a Tarquinia no había nada en la estación, solo dos máquinas para comprar boletos y un cartel que decía el horario de los buses que llevaban al pueblo. Nos tocó esperar solamente cinco minutos y el colectivero se enojó porque no teníamos monedas. Nos bajamos en la Piazza Cavour y quedamos en encontrarnos en el mismo lugar a las seis de la tarde.

Fui al Museo de Arte Etrusco y compré un ticket combinado para poder visitar también la necrópolis. Me pareció mejor ir primero a ver las tumbas porque había salido el sol y además tenía hambre. En un bar que atendían dos señoras con un montón de maquillaje pedí un café lungo y una pizza ripiena de jamón crudo y rúcula. La Via Ripagretta estaba llena de casas con muchas plantas y azahares. Vi un gato gris que no se dejó acariciar y un padre que retaba a su hijo porque no lo ayudaba a cargar las bolsas del supermercado. En la entrada de la necrópolis había un grupo grande de españoles comiendo sandwichitos. Mostré mi ticket a una señora y le pregunté si tenía un mapa. Me dijo que se le habían acabado y que podía sacarle una foto al que estaba pegado en el vidrio de la boletería. El señor de la otra ventanilla se reía y dijo que todo estaba señalizado, que no me iba a perder.

Desde afuera la necrópolis parecía un jardín grande y tenía unas construcciones sin ventanas desparramadas que eran la entrada a las tumbas. A las tumbas se bajaba por unas escaleras muy empinadas entre paredes de piedra, las barandas eran de hierro y estaban húmedas, los escalones también. Tuve que prender la linterna del teléfono para poder ver. La puerta vidriada que separaba la entrada de la cámara funeraria tenía marcas de manos y narices. Había que mirar desde ahí. Algunas de las pinturas estaban mejor conservadas que otras. La del Demonio Azul, una de

las más famosas, tenía colores muy tenues y además desde atrás del vidrio no llegaba a verse bien. En la tumba de los Leopardos me quedé varios minutos y prendí la luz del teléfono ocho veces. Estaba mucho mejor conservada que las demás y se llegaban a ver todos los detalles. Era una escena de un banquete con muchas personas recostadas comiendo uvas que les alcanzaban unos jóvenes desnudos. Arriba de todo había dos leopardos espejados que sacaban la lengua y levantaban una de sus patas delanteras. En los laterales había varios personajes de pie, uno tocando una flauta doble o tibia, como le decían los romanos. En el cartel que había afuera decía que fue construida entre 480 y 450 a.C. y descubierta en 1875.

Cuando salí, me senté un rato en un banco de piedra abajo de un olivo para esconderme del sol. Con la imaginación me comí esa mandarina que había dejado olvidada en el estante de mi cuarto al lado del televisor. La botella de agua de las fuentes ya se había vaciado. Mis manos olían horrible, como cuando se tocan monedas en los bolsillos por mucho tiempo.

Quise variar el camino de vuelta hasta el museo pero no se podía porque había solo una entrada a la ciudad vieja de ese lado de la muralla. En una fuente de Via degli Archi cargué mi botella y en la Gelateria Gambella tomé un helado de chocolate y pistacho porque no quería volver a tener hambre adentro del museo.

La señora de la boletería no se acordaba de mí y tuve que mostrarle el ticket otra vez. En la planta baja estaban los sarcófagos que pertenecían a algunas de las tumbas de la necrópolis. Todos tenían esculpidos en la piedra a los personajes tumbados, apoyados en un codo y con caras sonrientes. La parte inferior estaba llena de detalles y de escenas colmadas de gente, que imaginé debían ser los familiares de cada difunto. El edificio del museo me pareció hermoso, un palacio que mandó construir el cardenal Giovanni Vitelleschi en el 1400. Al lado de cada ventana había unos banquitos de piedra para mirar el paisaje y estaban tan gastados que debían haberse sentado ahí una cantidad enorme de personas en todos estos años.

En el segundo piso del museo había varias salas de ajuares funerarios, jarrones griegos y cerámicas. Una de las vitrinas estaba dedicada a las escenas de apareamiento. Se podía ver a una mujer con las piernas en alto

sobre los hombros del hombre que estaba arrodillado y la penetraba mientras le agarraba la cintura. Los dos tenían la mirada en puntos diferentes y la misma sonrisa que se veía en las esculturas de los sarcófagos. En la fila de abajo había otra cerámica con dos mujeres desnudas, una de pie sosteniendo algo que parecía una ensaladera y la otra sentada mirando fijo la vulva de la primera y a punto de tocarla. Ellas también sonreían. En el último piso había un pórtico con vista a la Piazza Cavour, a la entrada del pueblo y más lejos se llegaba a ver el mar Tirreno.

La esperé a Bianca en uno de los bancos de la vereda que todavía tenía sol. Llegó un poco tarde y a todos los bolsos que traía antes le sumó una caja de cartón con folletos y papeles que me ofrecí a cargar hasta el tren. Otra vez ocupamos cuatro asientos y me quedé dormida todo lo que duró el viaje de vuelta a Roma.

Loreta toda de rojo

Los encuentros de la residencia empiezan recién dentro de cuatro días, pero me dijeron que ya podía pasar por el Teatro de la Ópera para terminar la parte burocrática y recibir mi estipendio. Me dio mucho alivio recibir ese correo, porque mi plata argentina se evapora cuando la convierto a euros. Mi mamá mandó un mensaje que decía: «Te llamo. Te llamo?», pero lo recibí a la madrugada mientras dormía.

De camino compré naranjas sanguíneas, que por dentro tienen el mismo color que los pomelos. Parecía que todos en esta ciudad estaban estrenando zapatillas y las mías se sentían anticuadas. También tenía que conseguir un lugar para sacar fotocopias y comprar suavizante para la ropa. Bianca es alérgica y no usa, no quiero que quede todo acartonado.

Nadie entendía qué estaba pasando con la primavera. En las vidrieras de los negocios habían puesto otra vez sacos y bufandas. Por la Via del Corso vi a un señor sacarse su abrigo y cada uno de sus hijos se puso una manga. Iban tropezando contentos creando un cuerpo deforme de dos cabezas, cuatro piernas y dos brazos. La gente los miraba y se reía, unas chicas les

sacaron fotos. Intenté comprar una campera impermeable porque con mi ropa de verano encima me estoy congelando. La única que me gustaba era color terracota como las cerámicas del museo de Tarquinia, pero no quedaba en mi talle. La vendedora me decía que XL estaba bien porque todo lo oversize era tendencia, pero las mangas me tapaban las manos, no había manera de que me convenciera.

Cambié de calle rápido para buscar un escalón donde sentarme a mirar el mapa. Para llegar al teatro el recorrido es bastante directo una vez que se sale de ese remolino de consumo y gente apiñada. Caminé por Via Sistina, que tiene varias subidas y bajadas, y me alegré de sentir calor por primera vez en el día. La piazza de las Quattro Fontane no es una plaza como me imaginaba. Por el medio hay una intersección de calles y pasan muchos autos. Cuando el semáforo se pone en rojo la gente se para adelante de las fuentes y se saca fotos. Cargué mi botella en la fuente de Juno, que me pareció la más hermosa porque el agua salía de la boca de un león.

Cuando llegué al teatro, el señor de la boletería me explicó dónde quedaba la oficina a la que tenía que ir. Apenas empecé a subir la escalera me di cuenta de que no había prestado nada de atención y tuve que volver para que me diera las indicaciones otra vez. La administración tiene una ventana que da a la Piazza Beniamino Gigli, que es uno de mis tenores favoritos. Le conté a la señora que me recibió que en la Argentina Gigli se había convertido en una estrella después de haber debutado con *Tosca* en el Teatro Colón junto a Claudia Muzio, a la que todos le decían «La Divina Claudia». Ella empezó a contarme historias de la Divina Claudia hablando un italiano tan veloz que era imposible seguirla. Varias veces le pedí que hablara más despacio, pero disminuía la velocidad solo por un segundo y después volvía al ritmo frenético. Tenía las manos llenas de pulseras que acompañaban su manera de hablar formando un escándalo metálico. Se llamaba Loreta y es la coordinadora de la residencia. Toda su ropa era roja, los zapatos, el pantalón, la camisa, un sweater que tenía anudado al cuello, los lentes y los aros. Casi todo rojo de cadmio, menos la camisa, que era bermellón. Mientras yo buscaba los papeles que había completado, Loreta le sacaba fotocopias a mi pasaporte. Me preguntó si estaba cómoda en el